

LA VEJEZ INMORTAL CONSIDERACIONES SOBRE EL MITEMA DE LA INMORTALIDAD

José Manuel Losada*

ABSTRACT

The mytheme or mythical theme of immortality is inseparable from space and, above all, time; not from a time similar to ours, but to that of the mythical world. This is the context for reflection on two temporal stages of human life: youth and old age, stages that cultural myth criticism addresses through ancient and modern texts.

KEYWORDS: Old age, youth, immortality, myth, cultural myth criticism.

RESUMEN

El mitema o tema mítico de la inmortalidad es indisociable del espacio y, sobre todo, del tiempo; no de un tiempo semejante al nuestro, sino al del mundo mítico. En este ámbito se inserta la reflexión sobre dos estadios temporales de la vida humana: juventud y vejez, estadios que la mitocrítica cultural debe abordar a través de textos antiguos y modernos.

PALABRAS CLAVE: vejez, juventud, inmortalidad, mito, mitocrítica cultural.



Tradicionalmente se ha considerado que los años de vida prolongada son una bendición del Cielo; Noé lo corrobora. Existen, sin embargo, textos que apuntan en la dirección opuesta: la vejez puede ser un castigo de los dioses. La antítesis requiere un estudio.

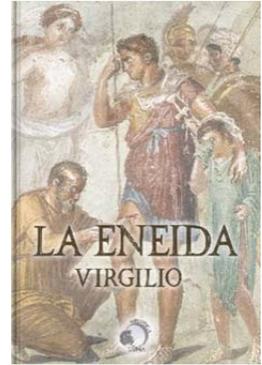
La historia de la Sibila de Cumas es paradigmática a este respecto. El personaje procede del libro VI de la *Eneida*: guía al troyano en su descenso al Hades y ambos escuchan las pláticas de Anquises. Ovidio retoma el personaje; a su regreso del Averno, Eneas prorrumpe en agradecimientos a la Sibila: “para mí serás siempre como una divinidad”.¹ La profetisa desengaña con sencillez al héroe y le relata su historia:

* José Manuel Losada es profesor de la Universidad Complutense de Madrid (jlosada@ucm.es), <www.josemanuellosada.es>; <http://orcid.org/0000-0001-8985-7999>>. Con permiso de Ediciones Akal, este artículo reproduce parcialmente las páginas 672-678 del volumen, *Mitocrítica cultural: una definición del mito* (Madrid: Ediciones Akal, 2022).

¹ Ovidio, *Metamorfosis*, XIV, v. 124, trad. A. Ruiz de Elvira (Madrid: C.S.I.C., 1994) III, 131; “numinis instar eris semper mihi, meque fatebor”, H. Magnus (ed.), F.A. Perthes, 1892, <<http://www.perseus.tufts.edu>>.

[...] se me ofreció gozar eternamente del reino de la luz, exento de término, si mi virginidad se hacía accesible al amor de Febo. Pero él, con esa esperanza, y con el anhelo de seducirme por dádivas, me dijo: “Elige lo que tú quieras, doncella de Cumas; gozarás de lo que desees”. Yo cogí y le mostré un puñado de polvo; le pedí, insensata, alcanzar tantos cumpleaños como granos tenía el polvo; me olvidé de solicitar que aquellos años fuesen también jóvenes hasta el fin.²

La profetisa no pidió la eternidad; se conformaba con un sucedáneo: una vida larga. Dadivoso, el dios se la concedió. Mas la virgen desdeñó seguidamente el amor de Apolo y se vio privada de la “juventud eterna” (“*aeternam iuventam*”, v. 140), sin la cual quedaba condenada a una vida de penalidades. Durante “siete siglos” ha soportado la “enfermiza vejez”, y aún le quedan “trescientas cosechas, trescientas vendimias”, hasta igualar la cantidad de granos de polvo que contenía su puñado (cf. vv. 145-146). En total, más de diez siglos: “Y la Sibila, con labios delirantes, diciendo cosas melancólicas, carentes de adorno y sin unción, con su voz se hace oír miles de años, gracias al dios que está en ella”, había dicho Heráclito.³ Por eso la tilda Ovidio de “longeva Sibila”, epíteto que envía a “la anciana preste” o sacerdotisa de la *Eneida* (“longaeva sacerdos”).⁴ La profetisa obtuvo largos años, pero no salud para gozarlos.



Vale también aquí el caso de Titono. La titánida Eos (Aurora), lo amó tanto que rogó a Zeus lo hiciera inmortal, pero olvidó pedir que le diera también la juventud: viéndolo enfermar y envejecer, la amante lo encerró en una cámara (o en un cesto de mimbre, según versiones), donde balbuceaba sin cesar. Finalmente, Aurora lo transformó en una cigarra.⁵ Triste final, en cualquier caso, para el amante de una inmortal.

² *Ibid.*, vv. 132-139, “lux aeterna mihi carituraque fine dabatur, / si mea virginitas Phoebō patuisset amanti. / Dum tamen hanc sperat dum praecorrumpere donis / me cupit, “elige” ait, “virgo Cumaea, quid optes: / optatis potiere tuis”. Ego pulveris hausti / ostendi cumulum: quot haberet corpora pulvis, / tot mihi natales contingere vana rogavi; / excidit, ut peterem iuvenes quoque protinus annos” (132).

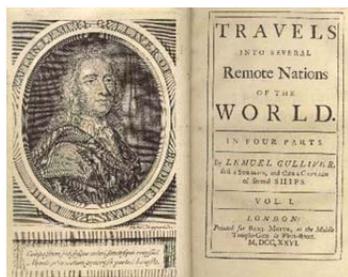
³ Heráclito, *Fragments*, § 92, trad. J.A. Míguez, (Orbis, 1983) 237; “Σίβυλλα δὲ μαινομένην στόματι καθ’ Ἡράκλειτον ἀγέλαστα καὶ ἀκαλλώπιστα καὶ ἀμύριστα φθεγγόμενην χιλίων ἐτῶν ἐξικνεῖται τῇ φωνῇ διὰ τὸν θεόν”, R. Hoyt (ed.), <http://www.heracitusfragments.com/>.

⁴ “uiuacisque antra Sibyllae”, Ovidio, *Metamorfosis*, XIV 104, III 130; Virgilio, *Eneida*, VI, v. 628, trad. J. de Echave-Sustaeta (Madrid: Gredos, 2014) 198; y *Aeneid*, ed. J.B. Greenough (Ginn & Co., 1900) <<http://www.perseus.tufts.edu/>>.

⁵ *Vid.* Ps.-Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, III, 12, 3-4, ed. J. García Moreno (Madrid: Alianza, 1993) 171; Ovidio, *Obra amorosa I: Amores*, I, XIII, vv. 35-38, trad. F. Socas (Madrid: C.S.I.C., 1991) t. 1, 35-36; y P. Grimal, *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine* (Paris: Presses Universitaires de France, 1951) s/v “Tithonos”, 461-462.

En ambos casos, la desgracia sobreviene por un olvido. También puede proceder de un desliz, como en el caso del rey Yayāti (Iaiati), condenado por el brahmán Kāvya Uśanas a envejecer de inmediato por haber sido infiel a su esposa Devayānī (Devayani) y engendrar tres hijos a la joven princesa Śarmiṣṭhā (Sarmishtha). El rey pleitea y consigue conservar su juventud durante mil años a condición de transferir la vejez a uno de sus hijos: Pūru (Puru) acepta el sacrificio a cambio de heredar realeza, virtud y gloria. Al cabo del tiempo estipulado, el padre devuelve su juventud al hijo, entrega el trono y se retira al bosque, donde muere y asciende al Cielo.⁶ Es curioso cómo el mito se mueve ágilmente entre los tiempos, fuera de “nuestro universo humano, para descubrir detrás de él otras regiones del ser, otros niveles cósmicos, habitualmente inaccesibles”.⁷

Los textos, latino, griego e hindú no descienden a los pormenores de la vida y venturas de la Sibila, Titono o Iaiati; se centran en los motivos que originaron su estado de postración. Un relato moderno desvela con todo lujo de detalles la situación de quienes alcanzan gran longevidad o incluso no mueren: *Los viajes de Gulliver* (1726).



Llegado a la tierra de los Luggnaggians, el protagonista tiene conocimiento, gracias a su intérprete, de la existencia de los Struldbruggs, auténticos seres inmortales (el texto así los denomina en una ocasión: “Immortals”). No son numerosos y los orígenes de su linaje solo obedecen al azar. Todos los Struldbruggs llevan al nacer un punto rojo circular en la frente, sobre la ceja izquierda, marca infalible de que nunca verán la muerte. Tras el primer contacto con estos curiosos personajes, el héroe exterioriza su envidia: ¡quién pudiera, como esa gente, gozar de una vida inmortal! De ser así, entendería la diferencia entre la vida y la muerte, se haría inmensamente rico, profundamente erudito y proporcionaría a la humanidad un relato veraz de la historia humana. Su cicerone lo desengaña: la vida larga, y menos aún la inmortal, es odiosa si no va acompañada de prosperidad y salud, es decir, “juventud perpetua” (“perpetuity of youth”).⁸ Pasa entonces a describirle la maldita vida de los Struldbruggs: apenas cumplen ochenta años, su vida es una suma de penalidades corporales y espirituales; a medida que envejecen, pierden capacidades, memoria, placeres y se ven despojados de bienes y derechos; hasta tal punto es así, que los menos dignos de conmiseración son los desprovistos de cordura. Al término de su estancia entre los Luggnaggians, Gulliver reconoce cuán errado estaba:

⁶ Vid. G. Dumézil, *Mythe et épopée II* (Paris: Gallimard, 1995), 2.^a parte, cap. II, en *Mythe et épopée. I, II, III*, 838-840.

⁷ J.-P. Vernant, “Mythe et pensée chez les Grecs,” *Œuvres: religions, rationalités, politique* (Seuil, 2007) I, 343.

⁸ Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver*, III, X, trad. B. Gárate Ayastuy (Unidad Editorial, 1999) 194-195; *r's Travels* (London: Penguin, 1994) 231.

Fácilmente podrá el lector creer que, a partir de lo que oí y vi, mi vivo deseo de vida eterna sufrió un duro revés. Empecé a sentirme profundamente avergonzado de las ilusiones placenteras que me había forjado, y pensaba que ningún tirano podría inventar una muerte en que yo no me precipitara con agrado para escapar de una vida tal.⁹

La “vida eterna” o “perpetua” a la que se refiere el héroe nada vale sin la “juventud perpetua” a la que se había referido el guía. El anhelo de unir ambas en la vida humana es lo que da razón del mito.

Veamos dos ejemplos más cerca de nosotros. El primero, una escena de *Hombres de maíz*. Los soldados de la Expedicionaria en Campaña de Guatemala, hombres sufridos donde los haya, contemplan la morosa y atormentada muerte de un perro con rabia; uno de ellos prorrumpie:

Entuavía se medio mueve. ¡Cuesta que se acabe el ajjolón de la vida!
¡Bueno Dios que nos hizo precederos sin más cuentos... pa que nos
hubiera hecho eternos! De solo pensarlo me basquea el sentido.¹⁰

El aguerrido militar agradece a Dios no ser inmortal: la muerte es un alivio frente a la indigencia (el “ajjolón”) de una vida deplorable; basta imaginar la eternidad de tal vida para sentir náuseas (la “basca”).

Para el segundo ejemplo recorro a la película de ciencia ficción *In Time*, que presenta un mundo sin dinero donde el gen del envejecimiento queda desactivado a los veinticinco años; a partir de entonces la mayoría de los humanos, confinada en guetos, solo dispone de un año de vida, a menos que unos y otros “ganen” tiempo para prolongar, entre angustias cronológicas, los meses, días, horas, minutos o segundos que se van descontando de un curioso reloj adaptado a sus antebrazos. No así los ricos, que han recibido inmensas sumas de tiempo para despilfarrarlo en barrios de excepción durante una vida sin fin. Así le ocurre a Hamilton, un joven rico de cien años y otros cien por delante que se aventura por un gueto de pobres y al que Will, el protagonista, salva de unos matones dispuestos a desvalijarle de su tesoro temporal. En un momento de la huida, Will previene a Hamilton del riesgo que corre si vuelve por aquella zona; pero Hamilton le revela su hartazgo: “llega un día en el que tienes bastante. [...] Queremos morir”.¹¹ Aquí no hay mito, por supuesto, tampoco en estas

⁹ *Ibid.*, 197; “The reader will easily believe, that from what I had heard and seen, my keen appetite for perpetuity of life was much abated. I grew heartily ashamed of the pleasing visions I had formed, and thought no tyrant could invent a death into which I would not run with pleasure from such a life”, *ibid.* 235.

¹⁰ Miguel Ángel Asturias, *Hombres de maíz*, ed. J. Mejía (Madrid: Cátedra, 2014) 141.

¹¹ “But the day comes when you’ve had enough. [...] We want to die”, dir. y guionista A. Niccol, New Regency et al., 2011. Más bella y punzante es la expresión utilizada por Cocteau en los dos últimos versos de su *Cérémonie espagnol du Phénix*: “La muerte me es agrídulce y su amor me evita, / Fénix, el

palabras de un líder religioso de nuestro tiempo: “vivir siempre [...] solo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable”;¹² pero ambas reflexiones aportan un sabio y estoico desengaño ante las falsas ilusiones de la imaginación calenturienta.



Hesíodo afirma que las almas de los justos se encuentran en las islas de los Bienaventurados, situadas “lejos de los hombres [...] junto al Océano de profundas corrientes”, es decir, más allá de África. La tierra es allí tan fértil que produce hasta tres cosechas anuales.¹³ Píndaro, casi dos siglos más tarde, ofrece una pormenorizada descripción de esta “isla de los felices”, lugar de recreo de Aquiles, Héctor y tantos otros.¹⁴ Es una lástima que ningún mitógrafo haya precisado, sextante en mano, dónde encontrarlas.

Sí las encontró Reinaldo (Rinaldo), el héroe de la *Jerusalén liberada* de Tasso, aunque no por su voluntad: la maga Armida, seducida por su belleza, lo llevó allí para disuadirlo de su misión en la Cruzada. Decididamente (recuérdese a Odiseo en Eea), a las hechiceras les encanta retener en las islas a sus amantes. Allí hubiera quedado Reinaldo de no ser por sus compañeros Carlos y Ubaldo.¹⁵ El óleo de David Teniers, *Reinaldo huye de las islas Afortunadas* (1628-1630,

aburrimento moral de la inmortalidad” [“La mort m’est douce-amère et son amour m’évite / Phénix l’ennui mortel de l’immortalité”] (Paris: Gallimard, 1961) 24. La fuerza de esta antología resulta de la aleación paradójica de dos términos considerados opuestos por la opinión común.

¹² “Seguir viviendo para siempre—sin fin—parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, solo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable”, Benedicto XVI, *Salvados en esperanza (Spe salvi)*, carta encíclica, 30/11/2007, 10; la inspiración viene de Ambrosio de Milán: “La inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien, si no entra en juego la gracia”, *De excessu fratris sui Satyri*, II, 47, ed. J.-P. Migne, *PG*, t. XVI, col. 1327.

¹³ Vid. Hesíodo, “Trabajos y días,” *Obras y fragmentos*, trad. A. Pérez Jiménez (Madrid: Gredos, 1978) 132.

¹⁴ Vid. Píndaro, *Olímpica* II, vv. 70-71, ed. R. Bonifaz Nuño (México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005) 12; “μακάρων νᾶσος”, ed. J. Sandys (William Heinemann, 1937) <<http://www.perseus.tufts.edu/>>.

¹⁵ Tras atravesar los muros del palacio y el laberinto, contemplan la erótica y apacible escena del guerrero en manos de la maga. Aprovechando que esta se retira, ambos se acercan y, tras recriminarle sus “adornos” y “lascivias”, consiguen convencerlo de abandonar con ellos la isla. Regresa Armida y, despechada por la resolución de su amado, aborrece su propia vida y clama “a las divinidades del Averno”, que reducen su palacio a la nada: “Desvanécense por fin las tinieblas, palidecen los rayos del sol; ni el aire aún se serena, ni el palacio aparece más, no queda vestigio alguno por el que pueda decirse: “Aquí estuvo” [“Cessa al fin l’ombra, e i raggi il sol riduce / pallidi; né ben l’aura anco è gioconda, / né piú il palagio appar, né pur le sue / vestigia, né dir puossi: ‘Egli qui fue’]. T. Tasso, *Gerusalemme liberata*, ed. Roberto Fedi (Salerno Editrice, 1993) estr. 69, 619.

Museo de El Prado), representa su huida bajo la mirada de Armida, en su carro tirado por hipogrifos.

Retorno a la localización de las Afortunadas. Según refieren a Sertorio unos marineros en Gades, se trata de “islas atlánticas, las dos que están totalmente separadas por un pequeño estrecho, y distan de Libia diez mil estadios y se llaman de los Bienaventurados”; estas islas gozan de clima espléndido, temperatura agradable y tierra fértil, que produce “un fruto suficiente por su cantidad y dulzura para alimentar sin esfuerzos ni trabajo a un pueblo ocioso”.¹⁶ Precarias informaciones. Plinio el Viejo arriesga más: indica la distancia (“setecientos cincuenta mil pasos”) que, según algunos, separa Gades de las islas Afortunadas, refiere sus frutos y su fauna e, incluso, las enumera: Ombrios, Junonia, Capraria, Ninguaria (“recubierta de [...] nieves perpetuas”, es decir, Tenerife), Canaria (llamada así “por el gran número de canes de enorme tamaño que allí se crían”).¹⁷ Plinio está dando gato por liebre: describe el archipiélago de las Canarias, ya fuera del mito.



Importa llamar la atención sobre el tránsito operado: a) las islas donde habitan las almas de los héroes han de ser, lógicamente, en extremo fértiles (Hesíodo y Píndaro); b) las islas en extremo fértiles han de ser, lógicamente también, las denominadas Afortunadas o de los Bienaventurados (Plinio). En este proceso—del mito al mundo conocido, del mundo conocido al nombre del mito—han desaparecido las almas heroicas de la *Iliada*—el mito; solo quedan el lugar y el nombre. El conocimiento de la isla ha provocado su desmitificación.

* * *

La Sibila de Cumas había pedido larga vida, pero olvidó solicitar con ella la juventud. Desde entonces se resignó a una existencia malograda. Titono había recibido, por capricho e interposición de Eos, la vida a perpetuidad, pero no quedó exento de la degeneración. Los Struldruggs nacían inmortales, pero su vida era una sucesión de penalidades. Los etíopes, gracias a las aguas mágicas de una fuente, gozaban de perenne juventud, pero al final fallecían.

¿QUÉ SE PUEDE EXTRAER EN CLARO DE TODOS ESTOS RELATOS MÍTICOS?

Cabría esbozar un estudio del carácter atolondrado de estos héroes: la Sibila y Eos, respectivamente, olvidan solicitar, junto a la longevidad o la inmortalidad, la propia salud o la juventud de su amado; los Struldruggs son unos malditos del azar. En realidad, sus

¹⁶ Plutarco, “Sertorio—Éumenes”, VIII, II-III, *Vidas paralelas*, trad. J. Bergua Cavero et al. (Madrid: Gredos, 2007) 424-425.

¹⁷ Plinio el Viejo, *Historia natural*, VI, 32, ed. A. Fontán et al. (Madrid: Gredos, 1998) 411-412.

destinos revelan el sino de nuestra naturaleza: ningún humano, por grande que sea su deseo, puede aspirar a una vida estimable auténticamente inmortal. Solo los vampiros (víctimas asesinadas y de inmediato poseídas) se conforman con su modo de vida: solo estos muertos gozan de vida imperecedera.

Es de reseñar que todos estos “inmortales” viven alejados del resto de los humanos: más aún que la Sibila, Titono está recluso en una cámara para siempre; los desgraciados Struldbruggs habitan una región utópica, a la que Gulliver nunca podrá regresar. Estas circunstancias desvelan que la inmortalidad no emana de un mundo posible semejante al nuestro, sino de otro trascendente; tiene una dimensión mítica.

Aun así, nada doblega el anhelo humano de inmortalidad. Mujeres y hombres consideran la caducidad del cuerpo como un confinamiento del que es preciso escapar para alcanzar la libertad, la vida auténtica. El mito nace del deseo de romper los límites de la humana condición. Imaginamos la inmortalidad y la aureolamos de excelencias; la hemos sublimado sin conocerla. Solo creemos conocer, por haberla presenciado, la muerte ajena, y la cubrimos de espanto. Existe el mitema de la inmortalidad porque morimos; si fuéramos inmortales inventaríamos el mitema de la mortalidad.